

timas voluntades de Kafka) para determinar mi decisión con una claridad a la cual nada podría oponer.

Kafka se encargó, desgraciadamente, en gran parte, de ejecutar él mismo su pensamiento. He descubierto en su casa cuatro gruesos cuadernos de los que no quedaba más que la cubierta: todo su contenido había sido destruido. Se me ha afirmado también, de fuente segura, que había quemado muchos bloques de papel: sólo se encontró en su casa un legajo que contenía un centenar de aforismos referentes a temas religiosos, un ensayo autobiográfico que quedará provisionalmente inédito y un montón de papeles en desorden que estoy examinando. Espero encontrar entre ellos muchos relatos acabados o casi acabados. Además, se me ha remitido una novela (no terminada) y un libro de esbozos literarios.

La parte más preciosa de la herencia de Kafka se encuentra, por lo tanto, en las obras que han podido ser arrancadas a tiempo a la cólera del autor y puestas en seguridad. Son tres novelas. Una de ellas, cuya acción se desarrolla en América y de la que se posee el final —de modo que no puede presentar grandes lagunas— tiene por primer capítulo una novela corta ya publicada e intitulada: *El fogonero*. Esa novela la posee una amiga de Kafka. En cuanto a las otras dos: *El Castillo* y *El Proceso*, las llevé a mi casa en 1920 y 1923, lo que me procura hoy en día un consuelo muy grande. Son obras que demostrarán que la verdadera importancia de Kafka, a quien se había considerado hasta ahora, con razón por otra parte, como un maestro de la novela corta, se halla en la gran forma narrativa.

Pero estas obras, que llenan alrededor de cuatro volúmenes, no muestran todavía todas las facetas de la mágica personalidad de Kafka. Si todavía no se puede pensar en una edición de sus cartas, todas las cuales presentan la misma naturalidad y la misma intensidad que su obra literaria, no deja de ser tiempo de recoger, en el pequeño círculo de sus amigos, todos los recuerdos que hayan podido quedar de aquel hombre único. Para no citar más que un ejemplo: ¡cuántas obras que, para cruel decepción mía, no han sido encontradas en el departamento de Kafka, me había leído ya, por lo menos en parte o en sus grandes líneas! ¡Cuántos pensamientos in-

olvidables, cuántas ideas profundas y originales me había comunicado! En la medida en que mi memoria y mis fuerzas me lo permitan, no se perderá nada de eso.

Fué en el mes de junio de 1920 cuando me llevé el manuscrito de *El Proceso*. Lo leí inmediatamente. No tenía título, pero Kafka le llamaba siempre *El Proceso* cuando hablaba de él. En cuanto a su distribución, he debido asumirla yo. Sin embargo, habiéndome leído mi amigo una gran parte de su novela, mi sentimiento ha podido guiarse por los recuerdos. Kafka consideraba la obra como inconclusa. Antes del capítulo final debía exponer aún ciertas fases del misterioso proceso. Pero como el proceso, según él decía, no debía conseguir nunca llegar a la suprema instancia, la novela era en sí misma inacabable en cierto sentido; podía prolongarse hasta el infinito. De todos modos, ayudados por el capítulo final, los capítulos concluidos dan con la mayor claridad el sentido y la línea de la obra, y si no se supiera que el autor hubiera querido trabajar todavía en esta novela (dejó de hacerlo porque la atmósfera de su existencia había cambiado), no se advertiría laguna alguna en ella.

El único trabajo al que me he entregado con respecto al grueso montón de papeles que constituía esta novela ha consistido en separar los capítulos terminados de los capítulos interrumpidos, que reservo para el tomo final de la edición póstuma: no contienen nada de esencial para la evolución de la acción. Uno de esos fragmentos ha sido introducido por el mismo autor, bajo el título de *Ein Traum*, en la colección intitulada *Ein Landarzt*. Aquí se encontrarán los capítulos completos: no he admitido entre ellos más que uno de los que no estaban terminados. —le faltaba visiblemente poco— desplazando ligeramente cuatro líneas: es el capítulo VIII. Naturalmente, nada he cambiado en el texto. Me he contentado con completar las numerosas abreviaturas (poniendo Fraulein Bürstner en vez de F. B., o Titorelli en vez de T.) y con corregir algunos errores que sólo se hallaban en el manuscrito porque el autor no lo había revisado definitivamente.

MAX BROD.